

mano quedase seca, antes que escribir una sílaba sola que pudiera hacernos avergonzar.

Sujetos enteramente á la autoridad eclesiástica, desde ahora condenamos cualquiera idea que ella condene, y nos complacemos en publicar que contamos con la licencia y bendición de nuestro Venerable Prelado, para emprender este trabajo.

Y es aquí oportuno manifestar el amor y veneración que sentimos hacia el Ilmo. Señor Arzobispo de México; sentimientos que se aumentan al verlo víctima de injustos y calumniosos ataques.

Admiramos su humildad, elogiamos su prudencia y su tino, y estamos siempre incondicionalmente dispuestos á obedecer; tanta es la confianza que tenemos en sus virtudes.

Antes de concluir, cumplimos con dos deberes: el primero, saludar á todos nuestros colegas. Venimos á combatir errores; para el mal, guerra á muerte; pero respetaremos siempre á las personas, sean las que fueren sus opiniones; el segundo colocar una flor en la tumba recientemente abierta de nuestro querido amigo el Sr. Lic. D. Sebastián Alamán, redactor que fué de este semanario en su primera época.

Que Dios bendiga nuestro trabajo! Que la sociedad lo acepte!

## IMPORTANTE.

El Domingo 1º de Octubre aparecerá, Dios mediante, el número 1 de "EL TRIBUNO."

A las personas que quieran subscribirse á nuestro semanario, les rogamos nos manden, con tiempo, aviso de los ejemplares que deseen recibir, para poder normar el tiro.

Los números sueltos podrán encontrarse en algunos puntos céntricos, que próximamente anunciaremos.

## EL SOMBRERITO-INVISIBLE

En un pueblo que Uds. pueden llamar como gusten, hubo un tiempo en que todo andaba trastornado. El gusto literario pervertido, al grado de publicarse, y lo que es peor, de circular periódicos y novelas llenas de asquerosidades, que por lo bajo del precio andaban de mano en mano; los teatros llenos de público que presenciaba con el mayor entusiasmo insultos á la moral; las tabernas llenas de personas que no podían hablar ni arreglar nada si no tenían junto la copa de licor; las familias divididas; el lujo en su más desenfrenada ostentación; las leyes inspiradas más bien en odios de secta que en principios de justicia; en una palabra, todo andaba trastornado.

Trastorno que traía afligido y preocupado á D. Homobono, apreciableísimo sujeto, que lamentaba en todos los tonos, tan tristes circunstancias, y que no se limitaba á lamentaciones, sino que, en su esfera de acción, procuraba remediar los males, tanto cuanto podía; pero su esfera era reducida y su influencia moral poca, y por consiguiente quedaba mucho, pero mucho que corregir y remediar, sin que el buen hombre pudiera hacerlo. Continuamente se le oía decir: "Si yo pudiera evitarlo....." y se quedaba triste, porque no podía.

Pues sucedió un día que estaba ensimismado, pensando en tanto como había que evitar y que repetía con más frecuencia y con más angustia su continuo "si yo pudiera" le entregaron un pequeño paquete que para él había llevado el correo.

Vuelto de sus meditaciones por aquella interrupción, tomó el paquete en sus manos y le dió vueltas mirando y volviendo á mirar la letra y el sello, pues ni una ni otra conocía. Para salir de dudas, y con esmerado trabajo, abrió el dicho bulto y encontró un sombrero de finísima tela, tan fina que podía doblarse hasta lo inverosímil, parecido en su forma á uña *montera*, y cuando le hubo extendido, con no poco asombro, cayó un billete que con caracteres claros decía solamente: "Sombrero que hace invisible al que lo lleva. Pierde su virtud si no se emplea bien."

Magnífico, exclamó D. Homobono en un raptó de natural entusiasmo; soberbio, repitió dando un salto, y sin más vacilaciones se puso el portentoso sombrero, y casi volando fué en busca de un espejo, y se quedó con la boca abierta, pues su imagen no se reflejaba en la luna que tenía delante.

Vuelto en sí de su admiración, resolvió poner en actividad las ventajas que, para el bien, le ofrecía aquella prenda, y encomendándose á Dios, y resuelto á emplear su *invisibilidad* en aquello que el mismo Dios fuera presentándole, salió con su acostumbrada calma, saludó á los porteros

y antes de salir se puso el sombrero y se echó á andar, risueño y feliz.

No poco trabajo le costó no saludar atenta y afectuosamente á sus muchos amigos y conocidos que encontraba al paso, y que pasaban junto á él como si tal cosa, claro, como que no lo veían. Más trabajo aún tuvo, para no descubrirse al pasar por la puerta de algún templo ó junto á algún sacerdote; pero si se quitaba el sombrero, aparecía tal como era, y adiós del *sombrero*, todo se aclararía. Después de andar calles y callejas; de atravesar plazas y jardines, llegó por fin á fijarse en hacer la primera hazaña, y con paso firme se dirigió á una elegante cantina céntrica y llena de personas que platicaban de todo..... sí, de todo lo propio de tan decente lugar.

Padres de familia respetables que, si quiera por temor de encontrarse con sus hijos, no debieran frecuentar esos lugares; magistrados que, los primeros, se habrían de empeñar en dar buen ejemplo; militares que, olvidados de su graduación, se confundían con los subalternos; en fin, personas pertenecientes á todas las esferas sociales. Cuánto oyó allí D. Homobono; cuánto se horrorizó al oír un lenguaje que nunca hubiera creído usaban aquellos personajes! Afligido iba á salir de allí y resuelto á valerse de su poder, para el bien de muchos de aquellos parroquianos, cuando en la puerta tropezó con un joven por quien mucho se interesaba, y el día anterior, convencido de las razones que le había dado, le había empeñado su *palabra de honor* de no pisar jamás una cantina.

Verdad que se resistía á entrar; pero verdad también que su resistencia era débil y que al fin cedió á las instancias de sus amigos, que á coro le decían: "nada más una, una nada más."

Ahora es cuando yo comienzo, díjose para sí Homobono, y se volvió junto á su dicho amigo, procurando no separarse de él. Servidas las copas, tomó la suya el joven, diciendo: ésta y nada más; pero al ir á llevarla á los labios recibió un golpe en la mano que le hizo tirar al suelo la copa. Pálido de coraje se volvió á ver quién era el atrevido que usaba con él aquella chanza; al ver que no había nadie, se aumentó su palidez, por el terror, y se hubiera ido corriendo, si no fuera porque las carcajadas de sus amigos lo detuvieron ante el temor, claro está, de parecer poco hombre.

Entonces dijo, procurando dominarse: "Sirva otra, pero doble." Un aplauso recibieron aquellas palabras; pero en el momento de llevarla á los labios, queriendo demostrar mucha tranquilidad, por lo mismo que no la tenía, volvió á recibir un golpe más fuerte que el primero, y contenido y copa volvieron á caer al suelo. Imposible describir el terror que se apoderó de él, y de aquellos que le rodeaban, y resolvieron irse á otra parte. En la calle comenzaron los comentarios, y acabaron por